

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL NIÑO Y EL ADULTO
Salida de sol del 12 de abril de 1976

¿Se habrán preguntado por qué el mundo invisible envía a los niños al lado de los adultos y no junto a otros niños? Lo hace para que los niños encuentren en sus padres modelos, porque, sin modelos, no pueden crecer, instruirse, desarrollarse. Pero los padres... son a veces unos modelos verdaderamente extravagantes. No siempre están ellos mismos “modelados” como Dios manda. Y, como los niños tienen el instinto de imitar a sus padres, al no estar los padres a punto, los niños tampoco lo están. Por eso, son los propios adultos los que tienen necesidad de un modelo que esté por encima de ellos. Pero no quieren reconocerlo, no lo buscan, ya son perfectos. Es una lástima, porque, con esta actitud de estar satisfechos de sí mismos, van directo a las catástrofes.

Y yo, ¿creen que no tengo necesidad de modelos para poder llegar a ser lo que deseo? Sí, desde luego, y, como no encuentro modelos suficientemente perfectos aquí en la Tierra, los busco en otra parte, allí donde están, y por eso hago progresos cada día. Pequeños progresos, sin duda, pero haciendo pequeños progresos cada día, dentro de algunos miles de años habré recorrido un camino inmenso. Sí, ¡tengo suficiente paciencia para trabajar aún durante miles de años!

El Cielo, pues, envía a los niños junto a los adultos para que tengan modelos, pero también para que, recíprocamente, tengan delante de ellos el ejemplo de lo que ellos mismos tienen que llegar a ser. Se dice en los Evangelios que únicamente los niños entrarán en el Reino de Dios. Un adulto es demasiado gordo, demasiado pesado, está demasiado embotado, pero, a un pequeñito que sonríe, que se ríe... ¡ah!, ¡inmediatamente le abren la puerta! Pero no crean que con estas explicaciones todos van a decidir desde hoy mismo hacerse como niños. No, van a seguir como antes, sobrecargados de fardos, de preocupaciones, de complicaciones, porque no han comprendido nada.

Y yo, ¿por qué sigo manifestándome como un niño? Muchos de los que me ven por primera vez están asombrados, escandalizados. Dicen: “¿Pero qué clase de hombre es éste? Nos han dicho que íbamos a ver a un Maestro, y vemos a un niño que ríe, que bromea, que agita la cabeza, los brazos, las piernas...” No han comprendido que yo quiero mantenerme en la infancia. “Pero a veces es usted serio, profundo, grave, ¡cómo un anciano!” – Pues bien, es para variar un poco. No, la verdad es que quiero que mi corazón sea eternamente como el de un niño, siempre dispuesto a amar, a entusiasmarse, pero que mi intelecto sea como el de un anciano de varios miles de años, lleno de sabiduría y de experiencia. Así que, ¿ven?, tanto el niño como el anciano están presentes en mí, pero cada uno en el sitio que les corresponde, mientras que lo que se ve en la gente, demasiado a menudo, es un intelecto tonto y un corazón pasota.

Cuando observamos a los humanos y nos preguntamos cuál es la causa de sus desgracias, surgen toda clase de explicaciones: la falta de dinero, el régimen político, la crisis económica, etc. Pero, para mí, la causa de todas las desgracias de los hombres sólo la veo en su cabeza, en su manera de ver las cosas. Ahí está la verdadera causa de todas las desgracias.

Tomemos aún la imagen del niño y del adulto. ¿Cómo son las cosas para ellos? El niño pequeñito no tiene de qué preocuparse, ni tiene trabajos que hacer; sus padres se ocupan de él, le alimentan, le lavan, le visten. Mientras que para los adultos sucede lo contrario, todas las cargas, todas las complicaciones, todos los deberes pesan sobre ellos: hay que ganar dinero para atender a las necesidades de la familia, alimentarla, alojarla, protegerla, y así sucesivamente. Es cierto que hay casos en que los niños son maltratados, abandonados, echados a la calle por sus padres, y que también hay casos de adultos ricos y privilegiados que se pasan toda la vida en medio de la felicidad y la tranquilidad. Pero no vamos a detenernos en estos casos excepcionales.

Si buscamos, pues, la causa de esta diferente situación entre el niño y el adulto, veremos que el niño goza de esta protección porque no puede contar consigo mismo. Como todavía no tiene las facultades necesarias para valerse por sí mismo y conducirse en la vida, obedece, se somete, lo acepta todo de los adultos, de sus padres. Más tarde, cuando se siente fuerte, capaz, toma responsabilidades, quiere trabajar, imponerse, demostrar cosas, y entonces es cuando empiezan las preocupaciones, simplemente porque empieza a contar consigo mismo, con sus facultades, con su fuerza, con su manera de ver las cosas: ya se cree alguien.

Empiezan a ver hacia dónde los llevo, ¿verdad? Quiero mostrarles que ser adulto o ser niño no es tanto una cuestión de edad, sino una cuestión de actitud. Se puede, claro, considerar esta cuestión bajo diferentes aspectos, pero dejo todo esto para los psicólogos y los moralistas.

Lo que a mí me interesa es saber cómo debemos comportarnos en la vida espiritual. Tomemos el caso de los discípulos, o incluso el de los Iniciados. Ellos no quieren ser dueños de su propia vida, disponer de ella y organizarla como mejor les plazca; no quieren cortar la conexión con el Creador, quieren seguir siendo niños, es decir, obedecer a sus padres celestiales, seguirles y hacer todas las cosas de acuerdo con sus consejos. Y, como tienen esta actitud, el Cielo se ocupa de ellos, les alimenta, vela por ellos, les protege. Ahí tienen una nueva interpretación de las palabras de Jesús: “Si no son como niños, no entrarán en el Reino de Dios.” Como ya son adultos, los humanos se sienten fuertes, libres, ya no tienen necesidad del Padre celestial ni de la Madre divina, cortan la conexión con ellos. Pero, a partir de este momento, todas las desgracias les caen encima, porque el Cielo ya no se ocupa de ellos: ¡ya son adultos! Si continuasen siendo niños, es decir, si en vez de querer manifestar siempre su independencia con respecto al Cielo experimentasen la necesidad de dejarse guiar por él, de seguir sus consejos, de confiar en él y de caminar dando la mano a sus padres divinos, éstos seguirían ocupándose de ellos, y estarían protegidos.

Quizá, ahora, alguno me pregunte: “Pero, si tenemos que seguir siendo niños, ¿a dónde vamos a ir así?” Esto también necesita una explicación: no se trata de no ser adultos, sino de que, aunque seamos adultos, podemos seguir teniendo una actitud de niños con respecto al Cielo, mostrarnos obedientes, sumisos, llenos de amor. Se trata simplemente de una cuestión de actitud. Y el Cielo, al ver que este ser no le abandona, le envía su ayuda, su luz. El Cielo sólo vendrá a ayudarles si son niños. “Sí, pero yo soy un anciano de noventa y nueve años” No importa, las entidades sublimes no miran su barba o sus cabellos blancos, no miran el calendario oficial, sólo ven que son un hijo de Dios adorable, que su actitud es la de un hijo de Dios, la de una hija de Dios, y les hacen entrar en su Paraíso.

¿Ven?, las palabras de Jesús no han sido bien comprendidas ni bien explicadas. La gente decía: “Pero ¿cómo? ¿Nos predica que tenemos que ser tan sucios, tan débiles, tan ignorantes como los niños?” No, claro, no son los defectos de los niños lo que hay que imitar, sino sus cualidades: la obediencia, la confianza que les hace seguir a sus padres, escucharlos,

aprender y actuar como sus padres les aconsejan. Evidentemente, los niños tienen también otras cualidades: olvidan rápidamente las penas, se alegran por las más pequeñas cosas; son flexibles y, si se caen, se levantan inmediatamente. Mientras que, si un adulto se cae, ¡ya no se levanta más...!

A veces me encuentro con muchos chicos y chicas que tienen una confianza tan grande en su razonamiento, en su saber, en sus puntos de vista, que no aceptan consejos de nadie. Aunque se trate de un Maestro, no van a escucharle. Y yo, sólo con ver esta mentalidad, ya sé que les esperan grandes problemas, y que no están preparados para afrontarlos y resolverlos correctamente. Simplemente porque tienen una mentalidad de adulto: en vez de ser como los niños, que, conscientes de su ignorancia y de su debilidad, confían en sus padres, buscan sus consejos y los siguen atentamente, cuentan de una forma absoluta con sus propias opiniones. Pues bien, estos chicos y estas chicas ya son demasiado viejos: se van a encontrar con grandes problemas, con grandes tristezas.

Dirán: “¿Pero hasta cuándo debemos mantener esta actitud de niños?” Hasta que se hayan vuelto tan puros y luminosos que el Espíritu Santo pueda venir a instalarse en ustedes. Cuando el Espíritu Santo se instala en el hombre es cuando éste puede considerarse adulto. Dios no ha hecho las cosas de forma que el hombre tenga que ser un niño durante toda la eternidad. Ambos periodos, la infancia y la edad adulta, han sido previstos por la Inteligencia cósmica: debemos ser niños durante un cierto tiempo, hasta que lleguemos a la madurez. Sólo que esta madurez no se encuentra donde la gente piensa: se dicen mayores de edad porque tienen veintiún años, o dieciocho años, pero no tienen todavía la madurez de la que les hablo. Incluso a los noventa y nueve años hay muchos que aún no son verdaderamente mayores de edad, porque no tienen ninguna madurez espiritual.

Cuando un ser ha recibido el Espíritu Santo es cuando es verdaderamente adulto, y entonces camina con la luz, tiene un guía, ve las cosas claras. Únicamente este adulto es reconocido por el Cielo. Los demás sólo son todavía niños recalcitrantes. Sí, todos aquéllos que todavía no han alcanzado esta madurez espiritual son considerados arriba como bebés. ¿Ven cómo se aclaran las cosas? El hombre no debe seguir siendo niño eternamente, pero, mientras no haya recibido la luz, el Espíritu de Dios, que aporta todas las riquezas, debe seguir manteniendo una actitud de niño, es decir, debe seguir siendo siempre obediente, humilde, atento para con el Cielo. Por otra parte, cuando ven a algunos que están sumergidos en unas

dificultades inextricables, está muy claro, es la prueba de que todavía no son más que niños desobedientes, porque los verdaderos adultos ya no sufren: siempre están en la luz. Pero todos aquéllos que no han querido mantener esta actitud de niños hasta su madurez y se han convertido prematuramente en adultos, todos, evidentemente, sufren.

¿Y qué hacer ahora? Pues bien, es muy sencillo: hasta que no sean adultos, deben pedir a sus padres celestiales que los iluminen y los guíen. Cuando éstos vean que son cada vez más fuertes, radiantes, luminosos y llenos de amor, decidirán darles su mayoría de edad: una naturaleza angélica vendrá a instalarse en ustedes y el Espíritu de la luz no cesará de iluminarles y de inspirarles; ya no tendrán las mismas dificultades que aquéllos que pensaron de sí mismos que ya eran adultos o que otros decretaron adultos, simplemente en función de su estado civil. Pero, mientras no hayan sido reconocidos como adultos por el Cielo, deben actuar como niños humildes y obedientes para poder entrar en el Reino de Dios.

Pero, compréndanme bien. Cuando digo que deben ser humildes y obedientes, me refiero a que hay que serlo con el Señor... no con los humanos. Porque a menudo se ha comprendido que había que obedecer y someterse a cualquiera, y, entonces, ¡cuántos son obedientes con los tiranos, con los ricos, con los poderosos, con los verdugos! No, se trata de ser fieles, abnegados, sumisos y obedientes sólo con los principios divinos.

En realidad, ni siquiera entre los miembros del clero se ven a muchos adultos; hablan según su propia inspiración, según sus propios puntos de vista, y no es eso lo que hay que hacer. Antes de que el hombre pueda predicar, el Espíritu debe haber tomado ya posesión de él, porque es el Espíritu el que debe hablar a través de él, para que sus palabras no sean la expresión de sí mismo, sino de la sabiduría y la luz celestiales, la expresión de la Inteligencia cósmica. El hombre es adulto cuando ya no habla en su propio nombre. Existen Maestros que tienen autoridad y que se imponen de una manera formidable, pero no son ellos los que se imponen, es el Espíritu que está en ellos el que tiene derecho a imponerse. Pero, antes de haber recibido el Espíritu, no debemos imponernos, es muy peligroso. Antes de ser mayores de edad no tenemos el derecho de ordenar, de mandar, porque eso es actuar como adulto antes de hora.

La vida espiritual comporta unos periodos de transformaciones que marcan el paso de una etapa a otra, lo mismo que en la vida fisiológica vemos, por ejemplo, que se produce la pubertad o la menopausia. Estos

momentos de transición no se manifiestan de forma tan aparente en el plano espiritual, pero son muy significativos, porque producen grandes cambios en la vida interior. Así pues, igual que en la vida física se produce el paso de la infancia a la adolescencia, y después a la edad adulta, en nuestra evolución espiritual también está previsto este paso. Debemos seguir siendo niños hasta que no hayamos alcanzado una madurez de adulto. Pero después, una vez adultos, ya no tenemos que conducirnos como niños.

Las palabras de Jesús son muy fáciles de comprender: “Si no son como niños, no entrarán en el Reino de Dios.” Sí, el día en que dejan de tener confianza en el Padre celestial, en la Madre divina, en que dejan de amarlos, de abandonarse en sus manos, empiezan a sentir las cargas de la vida, la miseria, la fealdad; siguen ahí, pero ya no tienen esta alegría del niño feliz, despreocupado, que juega y canta, se vuelven arrugados, apergaminados, porque tienen demasiado peso sobre la espalda. Pero si, a pesar de sus deberes y de sus cargas, aun siendo adultos, quieren seguir siendo niños celestiales, porque saben que arriba tienen unos padres que los aman, entonces se abren, se vuelven sonrientes, bellos, luminosos.

¿Está claro ahora? Todos nosotros, de ahora en adelante, no tenemos que hacer otra cosa que ser hijos del Cielo, porque, al sentir el amor de nuestro Padre y de nuestra Madre, su presencia, su ayuda, siempre seremos sostenidos, protegidos, animados, iluminados. Mientras que todos aquéllos que ya se creen tan superiores como para permitirse cortar la conexión con el Cielo se sienten desgraciados, abandonados en el frío y la soledad. Éste es el estado actualmente de muchos que creyeron que ya estaban muy maduros, que ya eran muy inteligentes y poderosos.

Cuando les decía, pues, al principio de esta conferencia, que siempre se busca la causa de las desgracias de los humanos allí donde no se encuentra, ¿lo han comprendido ahora? Cuando vean a un hombre agobiado y aplastado bajo el peso de sus preocupaciones, pueden decir: “Éste se ha vuelto prematuramente adulto, tenía que haber seguido siendo niño.” Los hombres ni siquiera saben por qué están agobiados, aplastados, enterrados casi, y, si les dicen que se han vuelto prematuramente adultos, abrirán unos ojos como platos y se preguntarán qué clase de tipo extravagante son. Y, sin embargo, mis queridos hermanos y hermanas, ustedes también deben pedir que Dios les dé esta nueva forma de ver las cosas, y comprender que tienen interés en venir más a menudo al lado de un Maestro para obtener esta nueva forma de ver las cosas. Igual que tenemos necesidad de un padre y de una madre, tenemos también necesidad de tener un Maestro, porque un

Maestro es otra forma de padre.

Dirán: “¡Pero yo ya tengo padre!” Sí, claro, y ámenlo, respétenlo. Pero deben saber que todavía hay otros tres padres a los que tenemos necesidad de amar y de respetar: el Padre celestial, para colmar nuestra necesidad de amor divino, el Sol, para aprender el sentido de la universalidad, y, finalmente, un Maestro, para iluminar nuestra inteligencia. Esto es lo que se les enseñaba a los discípulos en todas las Iniciaciones.

* * *

